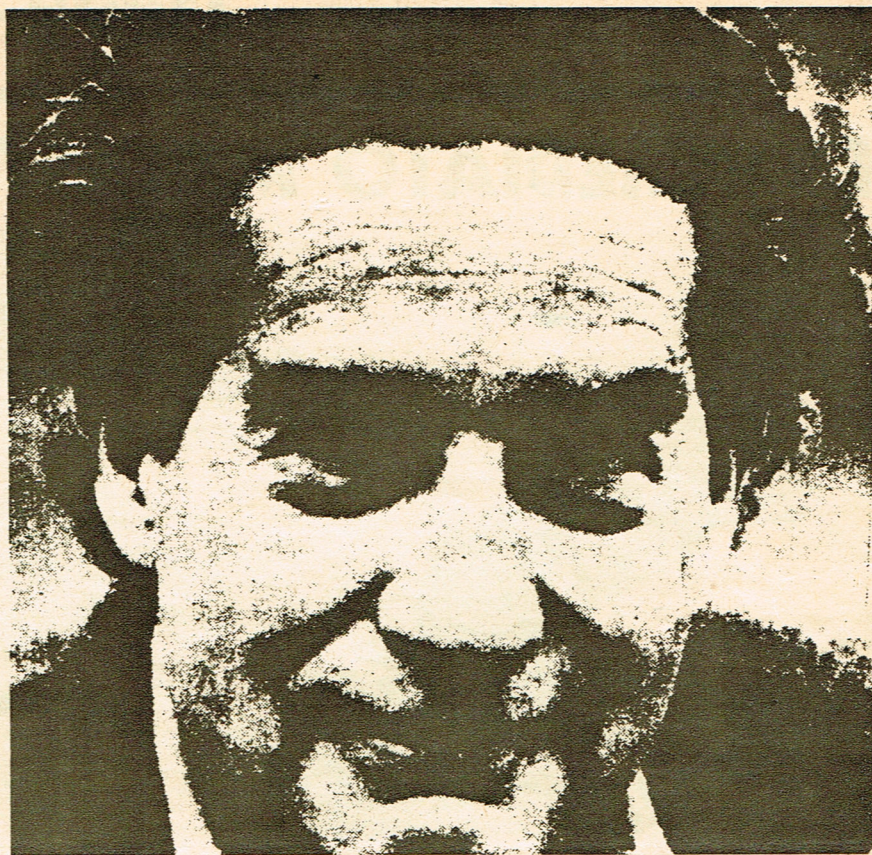
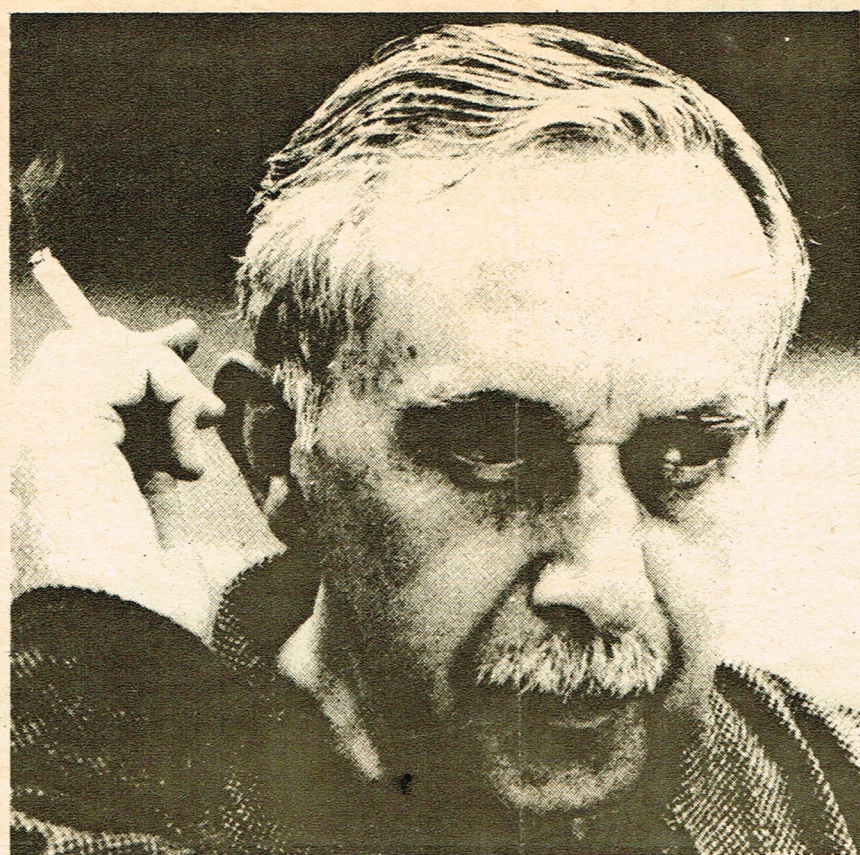


DANIEL COSIO VILLEGAS

(1898-1976)



La Cultura en México

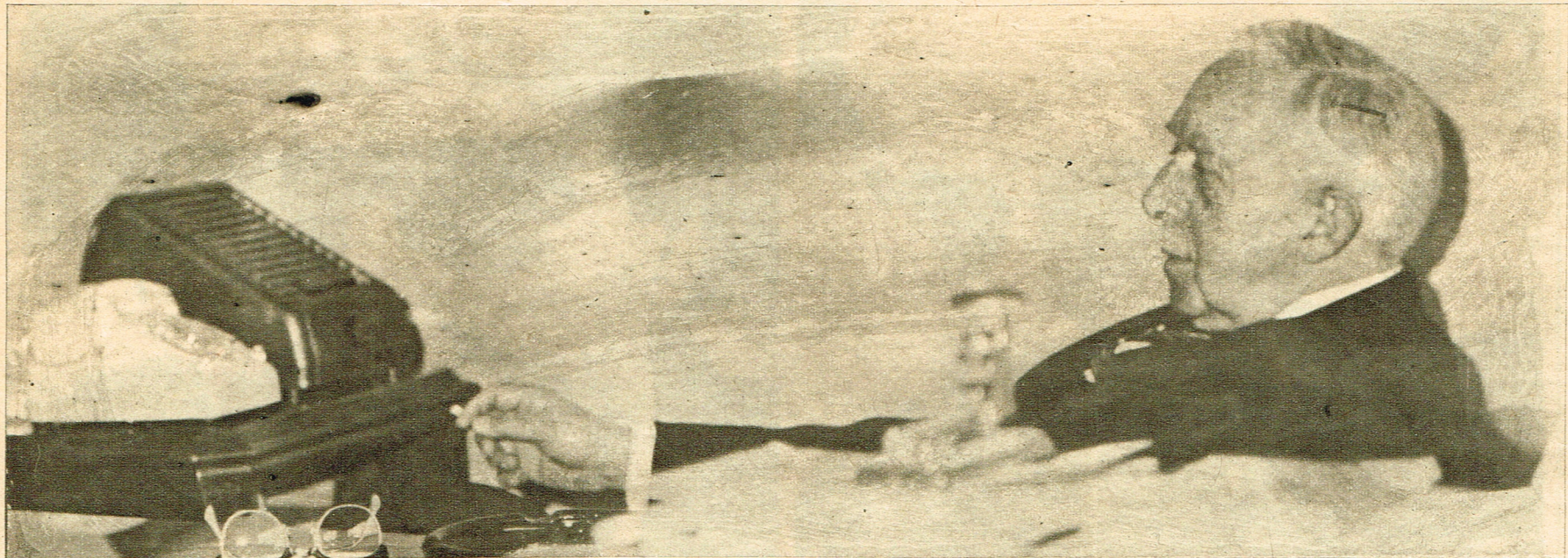
Suplemento de Siempre!

**SITUACIONES
POLITICAS
Y CULTURALES
DE LOS SETENTA (1)
por Elena
Poniatowska**

DANIEL COSÍO VILLEGAS

(1898-1976)

EL INMEDIATO MAGISTERIO DE SU RECUERDO



Un héroe griego pedía a los dioses que le fuera concedida una vida corta o larga, pero una muerte súbita. Durante cierto tiempo, en los meses que siguieron a la redacción final de su **Historia moderna de México**, la idea de una muerte larga inquietó a Daniel Cosío Villegas. Luego, la asiduidad periodística, los proyectos culturales, la pasión de sus últimos libros —de **El sistema político mexicano** a **La sucesión: desenlace y resultados**— barrieron esos fantasmas. Sin aviso, sin fatiga o dolor previos, el miércoles 10 de marzo, Cosío Villegas murió súbitamente, después de trabajar toda la tarde, a los 77 años de edad.

Como figura pública, los últimos fueron sus mejores años. Nunca tuvo más vastos lectores, ni se empeñó de modo más insistente y directo en su obsesión duradera: la política mexicana, el país que han fraguado y fragan los gobernantes de México. Encerrado más de veinte años en la construcción de su **Historia moderna**, el Cosío Villegas que conocieron estos años fue una nueva versión, depurada, de sí mismo. Ni el fundador de instituciones y revistas, ni el empresario cultural, ni el historiador de los muchos, a veces de los excesivos, detalles.

Más de veinte años después, en un clima propicio, volvió a ser el ensayista amargo, divertido y transparente de **La crisis de México** (1946); el cronista de esa catástrofe diaria que es la vida pública del país, cuyo origen el mismo Cosío Villegas resumió desoladoramente en una frase de aquel ensayo: “Todos los hombres de la Revolución, sin exceptuar a ninguno, han resultado inferiores a las exigencias de ella”.

El Cosío final fue quizá la mejor versión posible para un país tan educado, como México, en la eficaz tradición del murmullo privado, en la veneración del Poder y el

rencor secreto, subsidiario del medro y el miedo. No creo que sean buenos, ni siquiera regulares, sus dos libros recientes sobre la sucesión. Pero entiendo que lo ejemplar, acaso lo perdurable, del último Cosío, no estaba ya en sus libros —o no sólo en ellos—, sino sobre todo en su actitud, en su agresiva distancia de todo estímulo que no proviniera de la pasión intelectual, en el desprendimiento de toda ambición extraña al rigor literario y moral de sostener las opiniones propias, de pensar libremente, de “herir para saber”.

La reticencia oficial ante su muerte, el laconismo de los mensajes de condolencia del presidente Echeverría y del candidato José López Portillo, son las casillas terminales lógicas de esa distancia y ese desprendimiento. No hay por qué lamentarlo, ni sería legítimo exigir para Cosío Villegas la consagración nacional inmediata que sí obtuvieron, por ejemplo David Alfaro Siqueiros y Jaime Torres Bodet. A cada quien según sus expectativas, de cada quien según sus convicciones.

En todo caso, conviene subrayar esta lección: la Posteridad —todavía— sólo se elige en México, eligiendo al Estado, disolviendo (o esperando que el tiempo disuelva) las impertinencias y los desafíos.

Lo admirable en el Cosío Villegas de los últimos años es que haya elegido al público; lo significativo es que ese público haya limpiado las librerías de los títulos de Cosío que le fueron tajantemente dedicados —y que un periódico de la gran prensa mexicana, no hace ni diez años tan amordazado y gris como los otros, haya acogido en su página editorial y en sus revistas a este Daniel a quien sus amigos argentinos, en 1946, imaginaban (por sus ensayos) no sólo sin lectores ni tribuna sino además en la cárcel. Lo extraordinario, es que Daniel Cosío Villegas haya encontrado al final de su vida el público que no tuvo, fuera del ámbito académico, durante el resto de

ella. Y que los dioses de la historia le hayan dejado probar en sus setentas, en persona, un sorbo fresco de la sociedad con prensa, opinión y ciudadanos independientes que siempre soñó para México.

Hace rato que la obra de Cosío dejó de ser fácilmente inventariable; la escrita es múltiple, la institucional no permitirá en mucho tiempo el recuento de todos sus frutos. La memoria, en cambio, escalona en tres o cuatro estampas lo que es en nosotros la huella y la vida de los demás.

Lo que ha quedado en mí de un trato escaso con Cosío Villegas, son escenas que cifran, alternativamente, su opulenta generosidad intelectual, su curiosidad por los detalles, su indiferencia a las generalizaciones, su avidez por las historias particulares de hombres o hechos.

Una mañana en el salón de clases, al día siguiente de la muerte de su hijo Gustavo, advirtió, disculpándose, que debía irse diez minutos antes de la hora prevista. Alguien nos asombró después explicando que iba al aeropuerto a recibir el féretro, con el cuerpo, proveniente de los Estados Unidos. Imagino, por esto, que nada le habría parecido más fuera de lugar en su (entonces) hipotético obituario que un desahogo sentimental. Pero creo que le habría gustado ver su nombre unido, en ese texto, al de Pedro Henríquez Ureña, y que no me habría reprochado el desarreglo de una frase que Borges dedicó al maestro dominicano en el prólogo a su **Obra crítica**: lo entrañable de Cosío Villegas, lo decisivo de su acción en quienes creen, como él creyó, que la vida intelectual es un fin en sí mismo y la crítica pública una de sus expresiones mayores, no será sólo el mucho sudor y la frecuente felicidad de su obra escrita, sino también, y sobre todo, el inmediato magisterio de su recuerdo.

Héctor Aguilar Camín.

cha cumple a diario en la cama de los periódicos".

Seguramente, Novo ha sido uno de los mejores periodistas mexicanos en lo que va del siglo. Y a su testimonio habrá que acudir con mayor y más sistemática frecuencia. Lo que él nos dio fue una síntesis caprichosa y muy parcial, pero siempre inteligente y brillante, del transcurso de una ciudad, entendida como una sociedad. Una parte considerable de esta labor

aún no se recoge en libros. Lo ya compilado suele ser excepcional. Sus crónicas políticas (*La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas*), sus crónicas sociales (*La vida en México en el periodo presidencial de Manuel Avila Camacho*, *La vida en México en el periodo presidencial de Miguel Alemán*) o la amplísima colección de breves ensayos y crónicas que junto a estudios académicos y a la Nueva Grandeza Mexicana se ha

publicado como *Toda la Prosa* resultan un panorama exhaustivo y minucioso de un proceso social, cultural y moral.

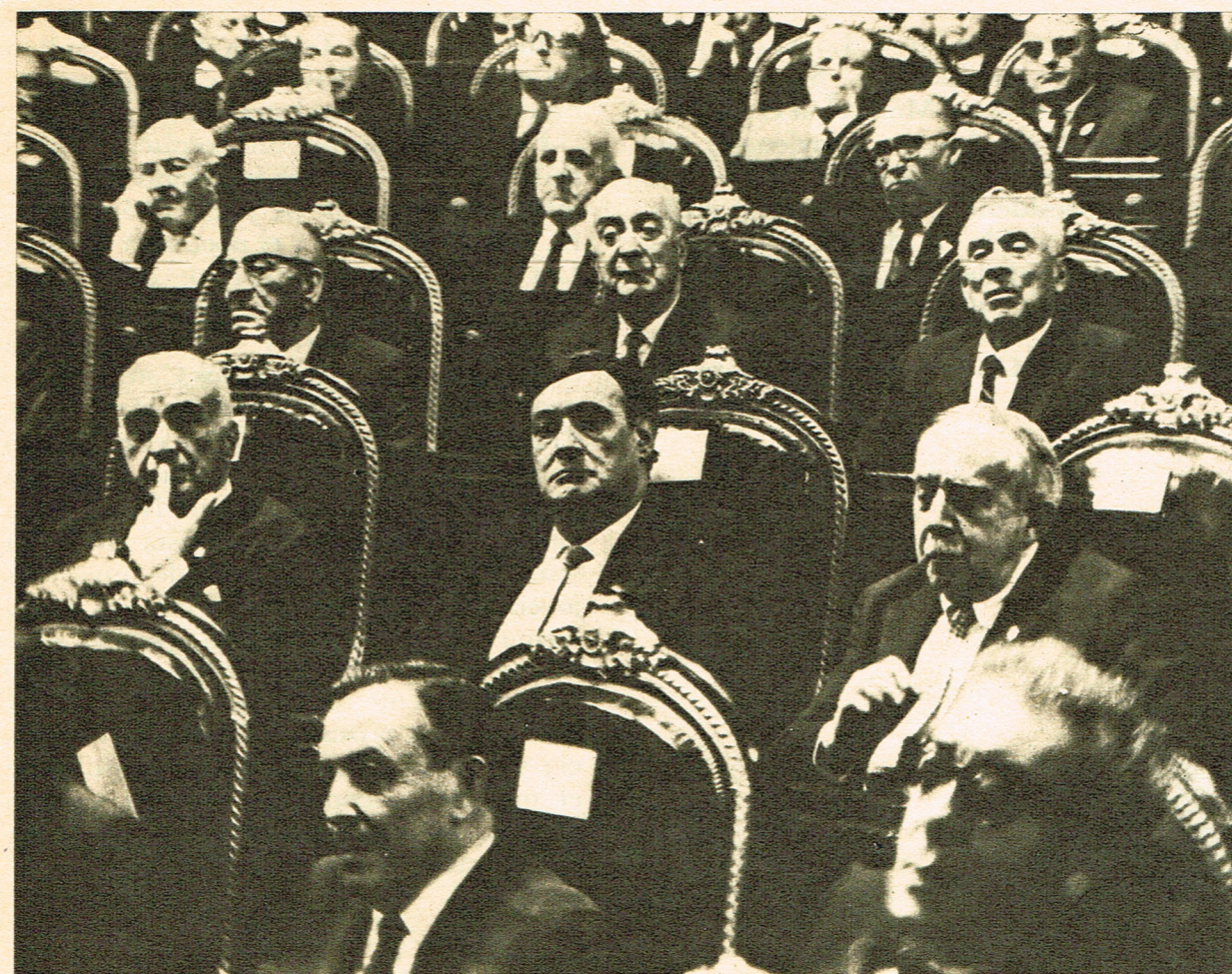
En 1934, se forma un Comité de Salud Pública integrado por inquisidores y chovinistas de la índole de José Rubén Romero, José Mancisidor y el poetastro Germán List Arzubide. El objetivo: depurar la administración pública de contrarrevolucionarios y desviados. La campaña se dirige contra los Contemporáneos y el nombre más citado es el de Novo. El abandono de la burocracia es el ingreso a la publicidad y el camino hacia la fortuna personal. Marginado, Novo inicia en 1937 una sección en la revista *Hoy*, "La semana pasada". Un grupo de reporteros jóvenes acumula material y Novo le da forma e intencionalidad. Su posición, muy crítica del régimen, en ocasiones llega a lo declaradamente reaccionario. Pese a todo, la excelencia prosística, la tajante virulencia y la brillantez periodística equilibran el material y convierten a "La semana pasada" en un magnífico examen de clase de una etapa del gobierno cardenista.

TU, YO MISMO, SECO COMO UN VIENTO DERROTADO

La ciudad como murmuración y susurro malicioso. El efecto de la persecución de los veintes y los treintas durará en Novo el resto de su vida y, transcurridos los largos años de resistencia, se transformará en deseo de complacer y de ser halagado, en la tregua que implica el abandono casi absoluto del hostigamiento, de la foto en la cocina o la forma del bisoné que estimulan de nuevo, la provocación. Pero antes de la suspensión de hostilidades, el menosprecio y el sarcasmo circundantes acrecerán en Novo la disposición satírica, justificarán o explicarán sus desmanes verbales y le conseguirán público abundante a la más nimia escenificación de su desafío. El show moral de Novo, por así decirlo, nunca pasará inadvertido: de allí obtendrá el tono y el primer impacto de su leyenda y de allí vendrá (del deseo de ser finalmente aceptado) sus concesiones más graves. El acoso también — y esto solamente puede enunciarse como hipótesis — determinará en Novo un comportamiento siempre dramatizado (las máscaras), la profesionalización del personaje irónico y epigramático, el snobismo social como método defensivo. Y la agudización o vigorización de las constantes de una sensibilidad marginal, constantes que Novo compartirá de modo vario con poetas tan diversos como Porfirio Barba Jacob, César Moro, Luis Cernuda, Xavier Villaurrutia, constantes que son obsesiones literarias: la sensación prematura de vejez, la insistencia creciente en el desamparo y la soledad, el tono fatigado de quien sabe ácidamente el precio de la singularidad.

No siento incurrir en el desbordamiento del psicoanálisis instantáneo. Bastan, para las conjeturas anteriores, un mínimo conocimiento del sexismo de la sociedad mexicana (que reserva al homosexual el sitio último en cualquier escala de consideraciones morales), la numerosa constancia hemerográfica y oral de las agresiones a Novo, el eco de su leyenda, su insistencia en el profundo aislamiento, su valerosa aceptación de las preferencias personales, el hecho incluso de que la única tesis de su





obra como dramaturgo (por lo demás, sorprendentemente débil y declamatoria) sea, en **A ocho columnas** el llamado melodramático al respecto a la intimidad, al derecho absoluto de la vida privada, que se ven afrentados por periodistas sin escrúpulos, por —declara sarcásticamente Carlos, el periodista lleno de ideales— “¡los sábelotodo, el cuarto poder, los cimientos de la sociedad, los guardianes celosos de la moral, los censores adustos del Gobierno que los subvenciona y los compra y calla retacándoles el hocico con billetes!”.

TODO EN ESTE DISCURSO ESTA CIFRADO

¿Qué significa en tanto recuerdo de vida comunitaria o en tanto catálogo de posesiones, un panorama como el de **Nueva Grandeza Mexicana**? Una ampliación privada del buen ánimo de un gobierno ante su heredad, un resumen excelente de los ofrecimientos y las recompensas secretas y públicas que, para un sector, la capital contiene. La tesis de la unidad nacional se ajusta a las medidas de la ciudad, ciñe y desvanece el vigor de las contradicciones y homologa la “jactancia del banquero” con “el músculo del trabajador”. La ciudad de Novo es, de modo natural y no tenía por qué ser de otra manera, una ciudad que ampara su rigor clasista con la uniformidad de las acciones humanas. En el **lujo** y en la **miseria**: todo cabe, indivisible y una es la ciudad y sus contrastes dramáticos la favorecen y la colman de interés social y artístico.

Señalar como clasista la visión de Novo no es un juicio dogmático a posteriori: es una mera definición de trabajo, formulada no para restarle méritos sino con un propósito de localización: ubicarlo a él y a la ciudad que en un sentido inobjetable le pertenece porque Novo con su obra y su actitud la formuló, la recreó y le trazó confluencias y psicologías. Un escritor soñó el elogio y el rescate de la tradición con palabras nuevas, mientras describía y exaltaba la modernidad para insertarla en los contextos eternos. El orgullo múltiple y

tridimensional: ante el pasado, el presente y el porvenir. El rumbo ideológico de su labor se guió por el contentamiento elitista y por el espejismo de la conciliación: que se armonicen los tiempos históricos y que se produzca la “orgánica supresión progresista de las clases”.

No en la teoría, sino en la descripción jubilosa de una conducta social, Novo se perfila como ideólogo del optimismo de la clase en ascenso. Por supuesto, Novo se rehusaría a contemplarse e identificarse en una fórmula tan rígida y simplista. De modo programado, es posible que ni siquiera se propusiese construir al personaje Salvador Novo de sus crónicas y sus artículos. El desenfado con que volvía semanalmente noticia sus comidas o sus paseos por Coyoacán o el recibimiento cálido de su perro King, denunciaba una técnica narrativa que se fue convirtiendo en un temperamento absolutamente personal. En su caso, estilo fue destino. Al desprenderse el gobierno de Avila Camacho del lenguaje radical precedente, Novo de inmediato se despolitizó. Se evaporan la observación rampante de **La vida en México en el período presidencial de Lázaro Cárdenas**, la cacería biográfica de figuras y el tono impersonal. En el **Diario**, la nueva sección, Novo abrazará la subjetividad más insolente y, ya irretornablemente, vivirá y narrará el interior de un círculo de la burguesía y de la clase media intelectual o artística.

Lo que parece asombrosamente limitado, reiterativo y gratuito de los volúmenes consagrados a la vida en México durante Avila Camacho y Alemán, nunca lo es en verdad. (Le tocará a la etapa final de **Novísimas Cartas a un amigo** en **El Heraldo** la carencia insobornable de interés.) A través de unas cuantas figuras básicas (Dolores del Río, el pintor Roberto Montenegro, Xavier Villaurrutia, el publicista Augusto Elías, el misterioso Delfino, el músico Carlos Chávez, los jóvenes dramaturgos Carballido y Magaña, Jaime Torres Bodet, Raoul y Carito Fournier, Eduardo Villaseñor y Margarita Urueta) y de diversos personajes por así decirlo

“secundarios” (el presidente Alemán entre otros), Novo va construyendo el retrato de una forma de vida, la del desarrollismo, que — pese al impulso del régimen alemanista— sólo convencionalmente puede entonces dividirse en sexenios.

La ciudad como suma de inauguraciones pictóricas, de comidas en el Prendes o en el Ambassadeurs, de estrenos teatrales con la presencia solicitada de Dolores del Río, de cocteles literarios y parties en honor de celebridades extranjeras, de búsquedas gastronómicas y de guerras por el uso imaginativo de los tapices en la decoración de los departamentos, de impresiones fugaces de las grandes residencias de Coyoacán y San Jerónimo, del provincianismo de la ciudad que se extiende. En realidad, nos enfrentamos a una suerte de **Orgullo y prejuicio** involuntario pero no inconsciente. Aquí está —orquestado por una prosa magistral, inteligente— un mundo donde la política es un pasatiempo, un hobby. Novo es miembro fundador del Partido Popular sin que la membresía o los contactos frecuentes con Vicente Lombardo Toledano le signifiquen una “toma de conciencia” o una abstención de sus deberes sociales o burocráticos como funcionario del INBA. La política se torna juego o adivinanza y nadie toma **radicalmente** en serio las diferencias. A la comida que organiza Carlos Chávez en honor del candidato a la presidencia Miguel Alemán, asiste la intelectualidad pública en pleno y los Tres Grandes: Orozco, Rivera y Siqueiros, los dos últimos comunistas confesos. Sólo Lombardo tácticamente se ausenta.

Las “familias” acuden a Bellas Artes. La vida es una sucesión entrañable de desayunos, comidas y meriendas y parties y cenas a los que asisten los mismos para saludarse, intercambiarse chismes, aburrirse, jugar gin rummy o poker. La vida en torno de la gastronomía, dando vueltas alrededor de la alegre ingestión de alimentos. Una novedad: el destronado rey de Rumania, Carol, presenta en sociedad al backgammon, ya mencionado en las Siete Partidas de Alfonso el Sabio. Los problemas de las criaturas de Jane Austen en el siglo XVIII o de los comensales de las novelas de Edith Wharton a fines del siglo pasado, muy bien podrían ser, guardando y aclarando las proporciones, los problemas de los habitantes de las crónicas de Novo: ¿Dónde cenar? ¿A cuál de las cenas de hoy acudir? ¿Qué traje o qué vestido modelar en la inauguración de la Opera? ¿A qué palco ir? ¿Cómo redactar la participación de la boda de la hija mayor? ¿Qué frase oportuna decirle al comensal de al lado en la comida a los Huéspedes Ilustres? No hay, es cierto, la pretensión formal de una aristocracia o de un abolengo. Hay la asunción tácita de ser el grupo de moda en una sociedad en auge. Aún se está muy lejos de la concepción fatalista del subdesarrollo.

Cuando el paisaje cambia, la diversión es la responsable. Se va a la lucha libre y se vitorea la maldad de El Santo y Gori Guerrero o la bondad de Tarzán López y Sugi Sito, o se va al Leda, Club de los Artistas, a codearse y mezclarse con léperos y rufianes. Golpe social: se aprueba y consagra el **slumming**, el descenso intencionado y folklórico a las clases bajas, vámonos al peladaje, el proletariado y el

Cosío Villegas, el comportamiento presidencial y la discrepancia

POR HECTOR AGUILAR CAMIN

Daniel Cosío Villegas es, como él mismo ha dicho, una institución mexicana llamada Daniel Cosío Villegas: solitario y antiguo, se representa a sí mismo. El impulso que posibilita un libro como *El estilo personal de gobernar** dispara certidumbres en torno a esta convicción. Hay, de un lado, la confianza en una relativa impunidad; de otro, la íntima vocación de servir: en el concierto de las instituciones —Daniel Cosío Villegas o el Presidente de la República— y bajo la común aceptación de las reglas del juego, la discrepancia es una forma molesta, pero deseable de la salud pública. La nota que sigue debe ser, entonces, por su falta de base institucional, un comentario off off-Broadway; reconoce como impulso original otras premisas: dudas sobre la impunidad personal de quien la escribe, dudas sobre la perdurabilidad de una crítica que, como la de Cosío Villegas, respeta, por convicción, sin duda las reglas del juego. Es al mismo tiempo una nota sobre la significación excepcional de un *memorandum* que tiene pocos, si algún precedente en la literatura política mexicana: un solitario Premio Nacional de Letras (1971) le dice al dueño del Castillo que su obra, en general, es confusa, de inciertos resultados a largo plazo, gramaticalmente lamentable, marcada por el sello excesivo de su prisa, su locuacidad, su desconsideración para el tiempo propio y el de los demás, su desbordado optimismo, su ingenua confianza en nociones como *juventud* y *pasión*.

AY QUE TIEMPOS SEÑOR DON FIDEL

¿Por qué hablar de un *memorandum*, de un diálogo entre instituciones? Porque, al igual que en esos menesteres, en *El estilo personal de gobernar* la más notable ausencia es la del conflicto. Más que un análisis político —por definición análisis de relaciones conflictivas o, como quiere David Easton, de la asignación *autoritaria* de recursos escasos— la obra parece una larga y variada serie de apreciaciones sobre la habilidad o torpeza del comportamiento presidencial en sus discursos, sus iniciativas constitucionales y jurídicas, sus viajes, algunos proyectos a largo plazo cuya consecución parece deseable, aunque distante.



Cosío Villegas revisa sucesivamente la campaña presidencial de Echeverría, típica “comedia de equivocaciones” cuyas notas dominantes fueron la confusión, la expectación, el abigarramiento y, en fin, el enredo (cap. I); algunas “constantes y sonantes” psicológicas del primer magistrado, extraídas de las reiteraciones y señalamientos de sus discursos (cap. II); sus esfuerzos por agilizar el desarrollo de la provincia e incrementar la productividad ejidal (cap. III); las reformas constitucionales y la nueva Ley Federal Electoral que se pusieron en práctica para las elecciones de julio de 1973 (cap. IV); las características sobresalientes del intenso programa de viajes y actividades internacionales, con especial acento en los errores diplomáticos (cap. V); por último, la inadecuación entre los lemas básicos del régimen —“diálogo”, “autocrítica”— y la capacidad del presidente para practicarlos (cap. VI).

Pero todo el análisis parece discurrir como en el centro de una campana neumática que aísla siempre el contexto conflictivo, el trajín de los intereses que rodean, punzan y definen la acción política. Los discursos parecen dichos para ser impresos, no para responder a urgencias prácticas y a auditorios concretos del momento; la reforma electoral y las constitucionales, parecen brotar de un abstracto juego de mecanismos autónomos que guardan poca o

ninguna relación con la realidad social que les da origen; los proyectos sobre el despertar de la provincia o el aumento de la productividad agrícola parecen surgir del simple hecho de que al presidente se le hayan ocurrido y no de la necesidad de dar respuestas estratégicas a problemas que ningún mandatario hubiera podido, responsablemente, eludir.

Es por lo menos extraño que el estudio de un presidente como Echeverría haya puesto a un lado las características más notables de sus primeros tres años de gobierno: la continua agitación en todos los niveles, la irrupción climática de graves problemas heredados, el desplome de viejas confianzas predatorias en la bondad del camino elegido por el alemanismo, el forcejeo de intereses que se habían expresado hasta entonces calladamente, la eficaz política de reconcentración de los inquietos sectores técnicos, profesionales, estudiantiles, intelectuales, a los que la masacre de Tlatelolco despojó bárbaramente de toda disyuntiva pública.

Más precisamente, *El estilo personal de gobernar* ha puesto a un lado lo que parece políticamente crucial. A manera de ejemplos, uno se pregunta dónde han quedado, en qué agitados vientos de otras tierras, cuestiones como la desquiciante ola de asaltos a bancos, secuestros y violencia localizada, pero intensísima, de los primeros dos

años del sexenio; el impacto en la opinión pública de la conducta del presidente ante el 10 de junio —momento crucial, más que cualquier acumulación de discursos, de la futura credibilidad de la palabra presidencial—; el largo litigio de la burocracia sindical que despertó esperanzas en algún momento, si no de una renovación total, sí de un incipiente pluralismo en el movimiento obrero, litigio que terminó, no tan previsiblemente, en el abrazo de Acatempan de Rafael Galván y Francisco Pérez Ríos; los desafíos abiertos de Fidel Velázquez contra el sagrado meollo de la ideología revolucionaria: la Constitución, lanzados desde Tepeji del Río; el reto frontal de los industriales de Monterrey —y más tarde de Guadalajara y otros lugares— a raíz del asesinato de Eugenio Garza Sada; en fin, el impacto lacerante y ominoso del golpe de estado chileno cuya contraparte mexicana no pareció, por momentos, tan distante. Esto, para no hablar de la desafortada especulación futurista sobre la sucesión presidencial de 1976 o de cuestiones quizá de menor importancia a corto plazo pero sustanciales como tendencias, digamos el hecho de que los gobernadores de varios estados importantes (Sonora, Nuevo León, Michoacán) hayan salido directamente de la pirámide del ejecutivo (o sus adláteres federales) y no, como era normal, de las huestes del Senado.



LA COMPLICIDAD DEL LECTOR

Segregado el conflicto, uno se pregunta por qué un libro como **El estilo personal de gobernar** resulta, pese a todo, tan inquietante. Primero que nada, supongo, por su autor. Ha habido pocos intelectuales del prestigio adquirido y la estimación generalizada de que goza Cosío Villegas que se hayan lanzado a una crítica no condescendiente del poder público. Uno de los últimos fue Luis Cabrera, en 1931: **Balance de la Revolución**. Le costó el exilio. En 1970, Octavio Paz arrimó otro leño a la débil hoguera con **Posdata**. Pero, aunque más inclinados a la negación radical, ni el **Balance** de Cabrera, ni la **Posdata** de Paz, tuvieron el tono **personal** de crítica al funcionario mayor del país que hay en **El estilo personal de gobernar**. En esto reside quizá otra parte del secreto: escrito en una segunda persona y expurgado de su irremediable mordacidad, el libro de Cosío Villegas —a diferencia del de Cabrera o del de Paz— hubiera podido circular como una crítica dura, pero aprovechable, en el circuito cerrado, lleno de subrayados en lápiz rojo, de las instituciones nacionales. La transgresión consiste en que esa familiaridad, ese tono ácido y humorístico que quizá se permitirían al amigo o al colaborador en el recinto sellado de la sala o el despacho, vengan a la luz en el modo público de una caja de imprenta. Dicho de otro modo: aquí las instituciones han hecho pública su discordia y para un público que ha sido sistemáticamente condenado al puritanismo y a respetar el secreto que ronda al poder, este hecho tiene un leve sabor escandaloso.

En este sentido, la inquietud que provoca un libro como **El estilo personal de gobernar** es

previsible a condición de que se tenga en mente a un lector mexicano. Hubiera parecido un libro normal y hasta una sátira pobre en el contexto de una cultura política menos limitada, reprimida y clandestina que la nuestra.

En manera alguna intento hacer aquí un análisis psicológico, y menos psiquiátrico de nuestro presidente. (p. 30)

Se tiene la impresión de que para Echeverría hablar es una necesidad fisiológica cuya satisfacción periódica resulta inaplazable. (p. 31)

El sorprendente aplomo con que se desempeñaba don Luis Echeverría ante las cámaras de la televisión y los micrófonos de la radio (...) parecía un punto favorable, que empañó un tanto la rigidez del cuerpo, hecho como de una sola pieza, cual plancha de mármol. (p. 25)

Sin duda, la constante más sobresaliente es su extraordinaria locuacidad. (p. 31)

...está convencido de que dice cada vez cosas nuevas, en realidad verdaderas revelaciones. Es más, llega uno a imaginarlo desfallecido cuando se encuentra solo, y vivo, aun exaltado, cuando tiene por delante un auditorio. (p. 33)

Puede considerarse como imposible que un hombre (...) pueda decir todos los días y a veces dos o tres veces al día cosas convincentes y luminosas. En este caso particular resulta mucho más remoto porque la mente de Echeverría dista de ser clara y su lenguaje le ayuda poco. (p. 37)

(Echeverría) no está construido física y mentalmente para el diálogo, sino para el monólogo, no para conversar, sino para predicar. (p. 125)

...está convencido de que, quizás como ningún otro presidente revolucionario, se desvive literalmente por hacer el bien a México y a los mexicanos. De allí salta a creer que quien critica sus procedimientos, en realidad duda o niega la bondad y la limpieza de sus intenciones. Más de un presidente nuestro ha padecido ese mal de altura, típicamente, Porfirio Díaz (...). El mal lo engendran, sobra decirlo, motivos síquicos y personales, así como las circunstancias históricas en que actúa el paciente (p. 127-28).

El aire transgresor de estas líneas no proviene de ellas mismas, sino de la persona a la que

se dirigen. La transgresión se verifica en aquella zona esencial de nuestra cultura política —si algo es— que murmura, a pesar de tantos clisés democráticos adquiridos: **al presidente no se le dicen esas cosas**. Respeto heredado y miedo concreto a la figura presidencial: la veneración es el rostro socializado del terror; la parte más arraigada de nuestra experiencia ciudadana parece saber con exactitud que quien gobierna entre nosotros es, efectivamente, el superviviente; o para decirlo con la ejemplar concisión de Max Weber, que detrás del Poder nos mira siempre la solemnidad de la Muerte.

Este es el otro factor de la inquietud. Desde que Melchor Ocampo sufría curiosas transfiguraciones ante la presencia, más bien desdibujada a la distancia, del presidente Anastasio Bustamante, hasta el gesto ritual de Díaz Ordaz ofreciendo su mano desde Guadalajara para abolir el movimiento estudiantil de 1968, el presidente de la república, en México, ha tenido siempre una cierta condición fulminante: ominosa o promisoria, según el sapo que le tire la piedra. **El estilo personal de gobernar** prescinde, a mi juicio significativamente, de esa sensación.

Cosío Villegas ha puesto en forma de libro la parte más sencilla de una permanente impresión secreta del público político mexicano, parte de lo que éste desahoga en chistes malos y resentidas charlas de café: la ineptitud de quienes gobiernan, su "gramática anterior a la sintaxis", los balances desasosegados de la obra sexenal, la vergüenza de sorpotarlo todo, la imposibilidad de no soportarlo. Por un mecanismo no escrito que habla bien de la eficacia de la dominación ideológica mexicana, hace mucho tiempo que

la corrupción, el crimen político, la torpeza gubernativa, el silencio generalizado, nos parecen consecuencias lógicas y hasta pasables de un modo peculiar y obligado de vivir. Los grandes gestos morales de la vida pública mexicana están adheridos a momentos de indignación y ruptura con esa tradición de amargo acatamiento.

Vistas así las cosas, el desacato a la figura presidencial es uno de los sacrilegios mayores que pueden cometerse en el rosario teológico de normas que rigen la intimidad de la cultura política de México. Y el desacato personalizado, o individualizado, uno de los peores, el peor. De ahí la fuerza de un texto como el de Carlos Fuentes sobre Díaz Ordaz en **Tiempo mexicano**. De ahí, también, la fuerza de **El estilo personal de gobernar**.

El desacato de Cosío Villegas no es, en realidad, ni excesivo ni virulento, pero se multiplica porque ha sido cometido justamente a mitad del mandato del presidente cuestionado. Uno se pregunta por qué, cuál es la convicción que induce a Cosío Villegas a elegir la mitad del sexenio para publicar su libro.

Aun los más diestros comentaristas se resisten a intentar un balance de los tres primeros años de gobierno del presidente Echeverría. La resistencia crecería si se les pidiese anticipar cómo serán los tres restantes. Y ninguno, desde luego, se arriesgaría a predecir la huella perdurable que dejará ese mandatario. (p. 15)

Pero no parece haber en el libro, pese a esta advertencia, una explicación de por qué razones Cosío Villegas no tuvo las reservas de los "más diestros comentaristas" y por qué sí intentó, a los tres años, lo que de hecho no es sólo un balance de la labor presidencial sino también un balance de lo que quedará.

MIENTRAS PARA EL COMUN DE LOS MORTALES

El estilo personal de gobernar esgrime centralmente una fuente informativa, **El gobierno federal mexicano**, publicación mensual que recoge todos los discursos del presidente y de algunos de sus colaboradores o visitantes; esgrime, también centralmente, un instrumento crítico proporcional: el terrorismo gramatical, la atenta inquisición de los yerros del pronunciador de los discursos, sus titubeos oratorios. Un académico de la lengua madrileño no habría sido más feroz en esta pesquisa:

(El presidente) tiende a expresarse en párrafos larguísimos, de quince o veinte líneas sin más respiro que un par de comas. Además están plagados de oraciones incidentales explicativas que diluyen la fuerza que sin ellas podría tener el pensamiento principal. Por último, dañan sus expresiones el frecuente uso equivocado de las preposiciones, pues como la gramática enseña, éstas "denotan el régimen o relación que entre sí tienen dos palabras o términos". (p. 36)

(Por cierto, las correspondencias de número tienen también sus reglas gramaticales y atendiendo a ellas debemos convenir en que "el frecuente uso equivocado de las preposiciones", agente singular gramaticalmente, no puede inferir un daño plural en "las expresiones", como parece insinuarlo la forma verbal "dañan" usada por Cosío Villegas)

Cuando se dice "difiero con casi todas las personas que han hablado", no se sabe si quiso decir "conuerdo con", pues se difiere "de". Asimismo, cuando se dice los "egresados en las escuelas" entra la duda de si no se quiso decir los "ingresados" en las escuelas. Es inútil poner "...reflexionamos en que el espíritu humano..." Y no digamos esta expresión: "...me es grato recibir la vigorosa presencia de ustedes". (p. 39)

Las citas textuales de discursos se suceden con sus puntuales subrayados en versalitas para destacar los "disparates" de todo orden cometidos por el orador. Pero la vigilancia gramatical tiene también algunas derivaciones analíticas. De la muletilla presidencial que lleva, por rutina, a iniciar múltiples exhortaciones con infinitas variantes del verbo reflexionar ("considerar nueva y detenidamente una cosa"), Cosío Villegas infiere una característica psicológica del presidente:

mientras para el común de los mortales la reflexión es un ejercicio callado, para nuestro Presidente hablar es como se piensa o se reflexiona (p. 31)

(Para mantener la línea, podría sugerirse que los infinitivos de los verbos no piden, ni aceptan siempre, simultaneidad de acciones, al revés de los gerundios, que la exigen, de modo que la expresión "para nuestro Presidente hablar es como se piensa o se reflexiona" debiera quizá transformarse en: "para nuestro Presidente es hablando

como se piensa o se reflexiona") Lo importante es que del acopio de estas reflexiones gramaticales, Cosío Villegas deriva la "constante más sobresaliente" de Luis Echeverría: "su extraordinaria locuacidad", elegante forma de decir, sin duda, que el Presidente habla mucho (demasiado).

Este pudor gramatical que impone la tónica del análisis a buena parte del libro y particularmente a los dos primeros capítulos y al último, no es casual. En realidad es el momento más técnico y severo de un espíritu analítico que en este libro ha reparado sobre todo en los aspectos formales de su objeto de estudio: las formas oratorias del Presidente, las formalidades del juego parlamentario, las audacias poco protocolarias y diplomáticas en materia de política exterior, el desacierto semántico de las dos nociones que parecerían retratar —o autorretratar— al régimen: **diálogo y autocrítica**.

La palabra autocrítica es desdichada por mil motivos (...) Cuando un hombre público propala la autocrítica, sólo la autocrítica, es inevitable suponer que se reserva en exclusiva el derecho a criticar sus actos y que, por lo tanto, niega ese derecho a los demás. Asimismo, parece reservarse el derecho a elegir la materia criticable y el grado de severidad, o de indulgencia, que usará al criticarse así mismo. (p. 113)

Más desdichada, si se quiere, es la palabra "diálogo", que el diccionario define como "una plática entre dos o más personas que alternativamente manifiestan sus ideas o afectos". En el presente caso, entonces, se trata en realidad de un monólogo, pues la segunda persona necesaria al diálogo, es decir, la Nación, no tiene manera de expresar sus ideas o sus afectos ya que todos los medios usuales para hacerlo fallan en México: las manifestaciones públicas, los partidos políticos, el parlamento, las elecciones, la prensa, el libro, la televisión, el cine, el radio". (pp. 113-14)

El análisis del gabinete que integró Echeverría, se centra en la ironización de la forma en que fueron presentados los currícula de ministros y colaboradores al anunciarse sus nominaciones. Todo el capítulo IV, dedicado a la **Reforma política**, trata de las reformas constitucionales que ampliaron el número de habitantes de cada distrito electoral (a 250,000 o fracción mayor de 125,000), redujeron la edad exigida para ser electo diputado o senador (a 21 y 30 años, respectivamente) y elevaron de 20 a 25 el número máximo de diputados que podía tener un "partido minoritario". El moño del capítulo es el análisis de las virtudes y defectos de la Ley Federal Electoral, cuya prueba de fuego fueron las elecciones federales de diputados de julio de 1973.

Naturalmente el análisis de resultados electorales en un sistema de partidos como el mexicano es, en el mejor de los casos, un tributo colonial pagado a la

politología norteamericana, tan inclinada a descubrir en esas luchas tendencias importantes de su vida pública.

En términos realistas, desde luego que puede calificarse como un éxito y hasta como un hito crucial en la historia electoral de México el que el PPS haya alcanzado el 3.61 por ciento de los votos y el PARM el 1.82; incluso que el PAN haya ganado algo menos de un modesto punto pasando del 13.82 por ciento de la votación, en 1970, al 14.60 tres años después. Pero insistir en este penosísimo asunto para examinar "el alcance de las reformas constitucionales" y apuntar que éstas fueron hechas para asegurar la supervivencia de los "partidos menores" y así "evitar que México cayera en el bipartidismo, o sea un enfrentamiento del PAN con el PRI" es incurrir o en una broma no lograda o en las reglas de la plena ficción que esos mismos partidos han encarnado y sostenido con tenacidad ejemplar.

Es difícil entender que Cosío Villegas, al fin excelente ironista y detector de los inimaginables absurdos del formalismo político porfiriano, haya elegido como parte sustancial de su análisis precisamente la fachada que los gestores del proceso político contemporáneo elaboran con tan admirable imaginación y espíritu lúdico.

Porque Cosío Villegas parece convenir en que los discursos del presidente y la estructura formal del poder son, de algún modo, el sistema político mexicano. No hay ingenuidad en esta opción; por una parte, existen muy pocos datos confiables o comprobables sobre la realidad política del país y menos aún sobre la zona informal de su comportamiento; por otra parte, los discursos presidenciales y la estructura formal, son en efecto una parte del sistema político mexicano; por una última parte, Cosío Villegas es una institución mexicana y no imagina otra posibilidad de realización política nacional que no sea ahondar y explotar genuinamente la veta constitucional, democrática, en el sentido inglés, de los fundamentos constitucionales de nuestro sistema político actual. Por eliminación de posibilidades, Rafael Segovia llegó a una formulación del modelo político ideal de Cosío Villegas:

una democracia plural, constitucional —clara separación de los poderes—, nacionalista, donde las élites gobernantes no fueran cooptadas a través de procedimientos misteriosos y con frecuencia negativos, de participación popular real pero constitucionalmente contenida —aborrece el asambleísmo— y que tuviera un ilimitado respeto por las libertades individuales. (Rafael Segovia/Daniel Cosío Villegas "Controversia?", en **Plural**, núm. 18, marzo 1973)

Y algo más. En principio, las diferencias de Cosío Villegas

con el sistema político de su país no surgen de una calificación moral o de una apasionada expectativa teórica, sino de una discrepancia técnica. No lo desquician ciertos hechos estructurales que juzga, con un alto sentido práctico, por mucho tiempo insuperables. Digamos, la dependencia económica y cultural ante los Estados Unidos. Lo descompone y lo exaspera que las reglas constitucionales del juego político no se apliquen bien, que el parlamento sea una ficción y la opinión pública un buen deseo maniatado por su propia timidez y por los intereses creados de los órganos que deberían servirle de canal; lo encienden la estupidez, la falta de persepectiva histórica y de sentido común de los funcionarios públicos, su exigua vocación de servir en el sentido más neutral y patriótico de estas palabras; el hecho de que los dirigentes no estén, en general, a la altura humana, intelectual y política de las inmensas carencias del país. Lo enervan, por último, la ineficiencia, la improvisación, la irracionalidad, las contradicciones flagrantes y, una vez más, la estupidez.

En este sentido no parece excesivo decir que **El estilo personal de gobernar** es también el intento algo soberbio de impartir una clase sobre cómo deben hacerse las cosas que Cosío Villegas encuentra censurables y un refrendo de las que a su juicio merecen una práctica continua y apasionada. Una clase sobre cómo gobernar sin incurrir en las equivocaciones que el autor juzga que pueden evitarse. En especial: la desmesura, el escaso sentido práctico, la poca eficacia técnica de multitud de proyectos e iniciativas.

Por estos curiosos caminos, **El estilo personal de gobernar** vuelve a ser un documento dirigido a quienes gobiernan, un **memorándum** público entre dos instituciones sobre sus diferencias de apreciación en el cómo y en el por qué.

LAS DEMANDAS DE LA OPINION PUBLICA

Y sin embargo, lo importante, lo registrable, lo que debe durar y abrirse paso es justamente la presencia del libro fuera del círculo de quienes gobiernan y el hecho de que la obra rebase página por página, internamente, los marcos en que ha inscrito su discrepancia y ha respetado laboriosamente.

Lo primero que el libro mismo, en conjunto, parece destruir, es su premisa básica. La sola aparición de esta crítica particularmente dirigida al presidente pone en entredicho el carácter omnímodo e intocable de esa figura. La aparición del libro es en sí misma una muestra de la debilidad de la idea



que le da origen. El Presidente de México es, quizá, en números absolutos, más poderoso hoy que en tiempos pasados, porque los recursos del estado son también mucho mayores. Pero, proporcionalmente, el presidente no es ya la única pieza clave del sistema político; sus funciones han entrado en una etapa de mezcla orgánica con otros núcleos de poder —diganse los empresarios y los financieros y la muy consolidada burocracia sindical. Y con esos núcleos nuevos de poder, el presidente no trata ya sólo en términos de consulta y conciliación, sino también a menudo, y públicamente, de desafío y enfrentamiento. La aparición de *El estilo personal de gobernar* significa también que el poder ejecutivo se ve obligado hoy a satisfacer demandas en un tercer sector, menos localizable y más volátil, pero de alguna importancia así sea embrionaria: la opinión pública o, mejor dicho, los derechos consagrados de quienes se han dedicado solitariamente por años a construirla con su actividad, su independencia, su prestigio, y su espíritu crítico. Los derechos no pertenecen aún al público, pero sí a Cosío Villegas y haberlos ganado es, sin duda, una muestra más de que el Presidente de México, por las peculiares condiciones históricas del país, cometería un error a largo plazo si insistiera en conservar las antiguas virtudes totémicas y rituales de su investidura. Que el libro haya aparecido es así, un logro importante tanto de Cosío Villegas como de Luis Echeverría.

Lo segundo: precisamente porque Cosío Villegas ha respetado escrupulosamente las re-

glas del juego —asumiendo como básicos los temas que el sistema político mismo propone a la crítica pública, la violación del precepto mayor: no meterse con el presidente, cobra una fuerza que desbarata los otros convenios. Es como rezar rosarios saltándose las bolitas de los padres nuestros o como estar de acuerdo en todo con la iglesia Católica, excepto en la divinidad de Cristo.

Lo tercero, y quizá lo más importante: el tono de *El estilo personal de gobernar*. En estas mismas páginas (*La Cultura en México. Suplemento de Siempre!* No. 629, 27 de febrero de 1974) Carlos Monsiváis aventuró un día la notable intuición de que la presencia en pantalla de mujeres como Emilia Guiú o Ninón Sevilla deshacía por su base todos los esfuerzos argumentales del cine mexicano por reducir sus historias filmicas a una dulce ratificación moral del castigo que espera a los amores ilegítimos. El tono de Cosío Villegas hace lo mismo con sus valores entendidos. Aun los elogios adquieren, por el tono, una facha algo grotesca y discordante. Típicamente, el reconocimiento de “uno de los puntales más salientes de toda la filosofía echeverriana: el renacimiento educativo, cívico y cultural de la provincia”. (p. 52)

“Haber dado con este propósito”, dice Cosío Villegas, como hablando de alguien que camina a tientas, “representa méritos excepcionales”. Hasta entonces, afirma, ningún presidente, pese a que hubo muchos con antecedentes netamente provincianos, pareció reparar en el problema. Echeverría, en

cambio, “inventa y sostiene el propósito de revivir la provincia, no obstante ser él un producto ciento veinticinco por ciento capitalino, por su origen, su educación, su residencia y su falta de sangre indígena”. (p. 53).

Para llevar a la práctica esta nueva idea “de méritos excepcionales”, Echeverría usó, sin embargo “la vieja idea de la descentralización industrial”. Y así, al día siguiente de tomar posesión, creó un fideicomiso destinado a investigar los lugares de la provincia donde pudieran crearse conjuntos, parques o ciudades industriales.

Activos como los que más, aunque “como respuesta un tanto tardía, al año, cinco gobernadores le sometieron un plan ambiciosísimo para construir un Corredor del Desarrollo Industrial que partiera de Mazatlán para llegar a Matamoros”. (p. 53) (Uno se pregunta por qué no, de una vez, para llegar a las Islas Canarias y así mejorar las relaciones de México con el imponente Océano Atlántico!). Pero esto no es todo. El Presidente también había “embestido este problema del renacimiento provinciano por vías distintas, digamos la educativa. Con poca discriminación, pero con rumbosa largueza, ha dado dinero a las universidades de provincia”. Etc.

Cuando, cuatro páginas más tarde, Cosío Villegas llega a reconocer la importancia de “esos esfuerzos grandes y sostenidos” y a señalar que son injustamente olvidados por su falta de espectacularidad, el tono chocarrero y altivo de la exposición ha sugerido ya sistemática-

mente que se podría tratar todo de una inmensa broma. Así por una curiosa excrecencia de su mesura para elogiar, Cosío Villegas parece condenado en este libro a denostar incluso aquello que respeta.



UN EPILOGO

“El infierno de los vivos no es algo que será; se encuentra aquí, es el infierno que habitamos todos los días y está formado por nuestra convivencia. Tenemos dos recursos para no sufrir. El primero funciona para muchos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de ya no poder verlo. El segundo es peligroso y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y reconocer en medio del infierno aquello que no es infierno, y hacerlo perdurar y darle espacio”.

Las anteriores son las últimas palabras de la novela de Italo Calvino *Las Ciudades Invisibles* (Trad. de José Emilio Pacheco, *Plural*, núm. 23, agosto, 1973). Se tiene la impresión de que Cosío Villegas ha optado hace mucho tiempo, con singular honradez y a su manera, por el segundo camino. Nos toca a todos reconocerlo así, “hacerlo perdurar y darle espacio”.

* Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1974. (6,000 ejemplares)